

ALGÚN DÍA ESCRIBIRÉ **BINYAVANGA WAINAINA** SOBRE ÁFRICA



Algún día escribiré sobre África

Algún día escribiré sobre África

BINYAVANGA WAINAINA

TRADUCCIÓN DE JESÚS GÓMEZ GUTIÉRREZ



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
One Day I Will Write About This Place

Copyright © 2011, Binyavanga Wainaina
All rights reserved

Primera edición: 2013

Imagen de portada
Who Can Save Them, DANIEL KINYANJUI
Fotografiado por Seltona Studio/Miquel Casanelles

Traducción
© JESÚS GÓMEZ GUTIÉRREZ

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2013
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
Camp d'en Vidal 16, local izq.
08021, Barcelona, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGÓ

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-15601-20-3
Depósito legal: M-3783-2013

Impreso en España

A mamá, en los cielos, y a Babs, en Naks.

A Jim, a Ciru (unajua ka-magic ketu kadogo), a Chiqy.

A Wee William Wilberforce, a Bobo, a Mary Rose, a Emma, a Eddy.

A.A. N. (tú sabes quién).

Con todo mi amor y mi agradecimiento.

Se han cambiado algunos nombres para respetar
el derecho a la intimidad.

CAPÍTULO 1

Es por la tarde. Jugamos al fútbol cerca del tendedero, detrás de la casa. Jimmy, mi hermano, tiene once años, y Ciru, mi hermana, cinco y medio. Yo soy el portero.

Tengo siete y sigo sin saber por qué todo el mundo parece saber lo que hace y el motivo por el que lo hace.

—Tú no estás gordo. —Eso es lo que mi madre me dice constantemente—. Estás rellenito.

Ciru lleva la pelota. Es pequeña, delgada y bonita. Tiene codos afilados y una sonrisa tan pura como un dibujo a lápiz que recorre uniformemente sus mejillas. Corre hacia Jimmy, alto, moreno y atlético.

Es 1978 y todos estudiamos en el colegio Lena Moi. Ciru es la estrella de su clase: el trimestre anterior la pasaron de curso y ahora está en el segundo ciclo de primaria, igual que yo, en el aula contigua a la mía. Durante su primer trimestre de segundo, los adelantó a todos y los superó. Es la más pequeña de su clase. Los demás tienen siete años.

Yo todavía estoy entre las barras de metal que usamos como portería improvisada viendo jugar a Ciru y a Jim. Un aliento cálido sale de mi nariz, supera mis labios y me divide la barbilla. Puedo ver la piel rosada y brillante de mis párpados. Mis orejas captan sonidos al azar: pájaros; timbres de *mambas negras*, las bicicletas de paseo; niños a lo lejos; perros, cuervos y rumba de Congo, la música vespertina de la radio nacional. La gente que pasa por el exterior de nuestro complejo habla en idiomas cuyos sonidos conozco, pero que ni hablo ni entiendo: *luhya*, *gikuyu*.

Mi risa parece haberse escondido en lo más profundo de mi interior, como un coche que se niega a arrancar por la

mañana, cuando se gira la llave. En el colegio, Ciru siempre es la número uno: estrellas azules, rojas y amarillas en todas las páginas. Siempre es Ciru, vestida de blanco, quien en el día de puertas abiertas entrega un ramo de flores al señor Ben Methu, el invitado de honor. Cuando me lavo con ella, nos tiramos agua, nos reímos y nos peleamos hasta acabar entre lágrimas o risas.

Ciru regatea a Jimmy y, siguiendo el balón, se dirige hacia mí. Yo estoy preparado. Soy hábil y rápido. Estoy esperando el balón. Jimmy corre a detenerla y forcejea con ella. Hace unos momentos, el sol era un rayo solitario de luz blanca; ahora se ha escondido detrás de los árboles y todo el jardín está iluminado por mil soles minúsculos que se asoman por los huecos, todos redondos y todos lanzando miles de rayos. Los rayos atraviesan las hojas y las ramas y se astillan en miles de soles aún más pequeños y perfectos.

Yo río cuando Ciru ríe y me encuentro a mí mismo dentro de su risa, cayendo con ella, abrazados. Siento su risa cuando se está formando, incluso antes de ser risa, y también se forma en mí.

Conozco su forma de comportarse, también sé cómo se comporta Jimmy. Y la mía consiste en ponerles la zancadilla cuando estamos en público. Sólo están a salvo cuando estoy solo o cuando sueño despierto.

Ciru ríe alto, con una boca grande y roja. Su risa salta hacia mí, agitando las hojas que suenan como pliegos de papel, pero me he perdido en mis pensamientos. He olvidado los brazos, las piernas y el balón. Los mil soles respiran: tenues y fríos, inhalan, entre las hojas, y yo respiro con ellos; después, soplan luz hacia delante y al exhalar me calientan el cuerpo.

A punto de permitir que me empapen por completo, me asalta una idea.

El sol no se rompe en pedazos.

No se rompe en partes incorpóreas cuando atraviesa los árboles y las cosas. Cada pedazo de sol es siempre un sol pequeño y completo.

Vuelvo a mis brazos, a mis piernas y a la portería, decidido a explicar lo de los mil soles a Jimmy y a Ciru. Estoy entusiasmado. Esta vez me creerán. Cuando se lo cuente, no les parecerá una bobada, como suele ocurrir, no me mirarán, alzarán los ojos al cielo y dirán que se me ha ido la olla y que qué rayos he dicho.

Se acercan. Jimmy grita algo. Antes de que pueda recuperar la concentración, oigo un estruendo, el balón me pega en plena cara y me caigo.

Gooooooooool.

Mil soles rompen a reír. Hasta la radio se ríe.

Levanto la vista y veo que los dos están inclinados sobre mí, con los brazos en jarras y soltando palabrotas.

Jimmy alza los ojos al cielo y afirma:

—Te falta un tornillo.

—Tengo sed —dice Ciru.

—Yo también —dice Jim. Y salen corriendo, y yo quiero levantarme y correr con ellos, pero el golpe me duele.

Juma, nuestro perro, me lame la cara. Yo la aprieto contra su estómago y hundo la nariz en su pelo. El sol está debajo de los árboles, el cielo sigue claro y ya no me siento fracasado y descompuesto. Me pongo en pie y *Juma* gime como un coche cuesta abajo. Yo grito para sumarme a la Resolución Sedienta de Jim y Ciru.

—¡Eh! —chillo—. ¡Hasta yo tengo sed!

No me oyen.

Se alejan de la cocina y los sigo por los hierbajos que crecen en la parte trasera del jardín, con *Juma* pisándome los talones. Ellos serpentean entre los tractores de Baba, giran bruscamente para evitar una caca de perro, corren por la sombra, corren bajo el sol del ocaso y superan las pequeñas erupciones de termitas que hay en el césped de Kikuyu y los montones de trastos agrícolas que se apilan abandonados tras el cerco que separa la casa principal de los cuartos de los criados. Después giran y dicen hola a Zablón, el cocinero, que está fregando platos en el exterior con su chaleco blanco, sus

pantalones azules, su jabón Lifebuoy y su olor a carbonilla. Yo también le digo hola, ya he cogido su ritmo. Jim y Ciru se detienen y vuelven a nuestro circuito de siempre, el camino que va de los cuartos de los criados a la cocina, y allí los alcanzo.

Juma frota el morro contra la pierna de Jim y yo contemplo cómo levantan los vasos y el agua fresca baja por sus gargantas y se derrama por sus mejillas. Jimmy ha aprendido a beberse un vaso entero de un tirón. El agua fluye del grifo en burbujas de mármol y con un sonido suave y translúcido, como el de una rana.

Él deja de cualquier manera el vaso en la encimera, eructa y se gira para mirarme.

¿Qué es *sed*? La palabra se escinde en cien soles pequeños.

Yo alzo mi vaso y lo observo. Ciru me mira, con el suyo casi vacío, mientras se seca los labios con el antebrazo.

Estoy en mi dormitorio, solo. Tengo un vaso de agua. Intento bebérmelo de un tirón, como Jimmy. Esa palabra, *sed*, *sediento*, es una palabra llena de determinación: empuja a la gente a actuar con rapidez. Las palabras, pienso, deben ser cosas concretas. No sugerencias de cosas, imágenes vagas y sensaciones cambiantes y al azar, ¿verdad?

A veces nos gusta robar las viejas pelotas de golf de Baba y lanzarlas al fuego. Primero se retuercen en una especie de éxtasis, como un gato cuando lo acarician, y luego se arquean, se hinchan, empiezan a saltar y salen disparadas como balas, des pellejadas y libres. Bajo el revestimiento, tienen tensas tiras de goma que después podemos desenrollar. Las pelotas se van haciendo más y más pequeñas, y las tiras de goma son tan largas que no parece posible que salgan de unas pelotas tan chicas.

Quiero tener sed de verdad, como Jimmy y Ciru.

El agua tiene más forma y presencia que el aire, pero es incolora. Cuando tienes la forma del agua en la boca, descubres tu cuerpo. Porque el agua es clara. Te permite sentir el sabor

de tu boca, la tubería de tu garganta y la bola creciente de tu estómago al beber.

Yo eructo y me froto el estómago, que gruñe. Trasteo con el grifo y caigo en la cuenta de que, cuando el agua sale con mucha potencia de un grifo, se vuelve blanca. Si el agua sale muy deprisa, tiene forma y dirección. Pongo la mano bajo el grifo y la siento sólida.

Entonces, se empieza a formar una idea. Hay aire, hay agua y hay un vaso de cristal. El viento rápido da forma al aire y el agua toma forma cuando sale deprisa. Puede... puede que el cristal sea agua moviéndose a supervelocidad, como en televisión, cuando un superhéroe se mueve tan deprisa, más que un rayo, que regresa de donde se encontraba mil veces antes de que lo veas moverse.

No, no. La sed es... es... una ausencia aspiradora, la boquita de un pez saliendo del agua. Saca a tu persona que respira del aire que está en todas partes y en ninguna y te convierte en un flujo, una dirección fija, una persona que bebe. Está un paso por detrás del hambre, que surge de un cuerpo sólido, de uno que puede oler, probar y ver, y que necesita colores. ¡Sí!

Pero... sigo sin encontrar una respuesta para el motivo por el que esa palabra me deja tan inseguro y dubitativo. No consigo que el agua baje por mi garganta con suavidad. Se me mete en las narices y me atraganto. Otras personas tienen una palabra mundo y, en su palabra mundo, las palabras como *sediento* tienen longitud, anchura y altura, una textura firme, una certidumbre inconsciente, como las manos, los dedos, los balones y las puertas. Cuando pronuncian su palabra, su cuerpo pasa a la acción con convencimiento y seguridad.

Siempre estoy atento a la gente que responde con descaro a la llamada de las palabras. Yo sólo puedo seguirlos. Ellos no parecen tropezar y caer por agujeros que sus propias creencias les impiden siquiera ver. Así que su seguridad debe de ser certera. Dejo el vaso. Me encuentro mal.

Volvemos a casa tras pasar un día familiar en Molo. Comemos galletas de la marca House of Manji.

Beatrice, que está en mi clase, se rompió la pierna la semana pasada y le han puesto una escayola blanca. El calentador de casa está cubierto de escayola blanca. Los dedos de Beatrice son garrapatas gordas y grises. El calentador de agua es un cilindro gordo cubierto de yeso blanco, como la pierna nueva de Beatrice, que tiene muletas.

Las bambas de nata son como maletas que hay que morder para sentir su dulzura. ¡Maletas!

Muletas es lo que se lleva cuando te caes y te rompes. ¡Muletas!

Galletas.

Uganda, el país de mi mamá, se cayó y se rompió. ¡Muleta!

El mariscal Idi Amin Dada, presidente de Uganda, se comió a su ministro para cenar. Guarda la cabeza del ministro en el frigorífico. Su hijo lleva un uniforme como el suyo. Salen juntos en el telediario presenciando un desfile.

Tengo sueño. Ciru se está quedando dormida. Jimmy le pide a Baba que pare el coche para hacer pis.

Yo descubro inmediatamente que quiero hacer pis.

Aparcamos en el arcén, en un valle que se despliega ante nosotros como un rompecabezas de huertas. Desde siempre, he querido caminar entre las piezas de ese rompecabezas. Allí, en la distancia, el mundo es vago y borroso y bonito.

Quiero colarme por sus juntas e ir al otro lado.

Después de hacer pis, me limito a caminar por el valle y paso por delante de mamás con cara de asombro que arrancan las malas hierbas, por delante de un pequeño arroyo y por delante de un viejo *boma* de ganado lleno de boñigas.

¡Mira! ¡Mira la acacia africana!

Su copa es crespas, su corteza dorada y verde brilla. Es como si la hubieran garabateado de refile con un lápiz afilado para clavar sus bordes punzantes en el alma de cualquiera que la contemple desde lejos. No puedes encaramarte a ella. Tiene espinas. Una acacia.

Creada para los sueños.

Me siento decepcionado al comprobar que todo el paisaje distante, azul y brumoso, se va haciendo más y más a real a medida que me acerco: ya no es un lugar vago, donde la claridad se difumina, donde la certidumbre carece de fuerza y donde los sueños son reales.

Al cabo de un rato, veo que mi hermano Jim viene a buscarme. El nuevo desafío consiste en mantenerlo a distancia, en correr más y más deprisa.

Me estiro como un gigante de goma, como un superhéroe que se alarga con su velocidad de dibujos animados. Soy tan largo como la distancia entre Jim y yo.

El mundo de luz, viento y sonido me abofetea la cara a medida que acelero. Si me concentro, puedo dejar que entre en mí, que el largo silbido del mundo entre en mí.

Aprieto los dientes y tenso el estómago.

Se acerca, el momento se acerca.

Si lo hago en el momento correcto, puedo lograr que mi mente salga de mí y se pliegue en el mundo, empujándome por detrás como un carro. Como una pelota de golf saltando el fuego. ¡No! ¡No! ¡Una pelota de golf, no! El mundo ondearía inútilmente a mis espaldas, como la capa de un superhéroe.

Me liberaré de mi torpeza, de Ciru, de Jimmy, de los sueños de Idi Amin. El mundo son vetas de luz cegadora. Mi cuerpo se desprende de las formas de comportarse de los otros como si fuera velcro.

Más tarde, me despierto en el asiento trasero del coche. «Ya estamos», le gusta decir a mamá cuando llegamos a casa. Mi piel está caliente y los suaves nudillos de mamá me mordi-squean la frente. Puedo oír un coro estruendoso de diez mil grillos en el exterior. Quiero arrancarme la ropa y dejar mi piel desnuda en la chisporroteante noche. «Chsss —susurra—, chsss, chsss» y un jarabe de sabor rosa baja por mi lengua y los fuertes brazos de Baba están bajo mis rodillas.

Siento que me meten bajo las sábanas planchadas que están dobladas sobre la manta como una solapa. Mamá me cubre

la cabeza con ellas. Yo soy una carta, pienso, una carta ardiente, y puedo ver una enorme y goteante lengua de jarabe pegajoso a punto de lamerme y de cerrarme.

Dentro de unos minutos, me levantaré y me acercaré a la cama de Jimmy.

CAPÍTULO 2

Sophia Mwela vive en la casa contigua. Sophia está en mi clase. Es la delegada de clase. Yo me siento a su lado en el aula, pero me habla pocas veces. Al igual que Ciru, también es la número uno en clase. Su familia es pija y rica. Los Mwela hablan por la nariz; lo llamamos *gangosear*, como los que salen en la tele, como los británicos o los estadounidenses. Su casa tiene dos plantas, mayordomo y chófer con uniforme. Les dan clases de piano.

Su padre trabaja para la Union Carbide. Es el jefe e incluso tiene blancos que trabajan para él.

Ciru y yo les vamos a dar una lección. Nos vamos a vestir como yanquis. Es idea mía.

Ciru y yo invadimos el armario de mamá. Yo me pongo carmín, una de sus pelucas *afro* y zapatos de tacón alto rellenos con papel higiénico. Le pido a Ciru que también se disfrace. No, dice. Acordamos fingir que yo soy su prima de Estados Unidos. Me pongo un poco de colorete y estornudamos. Un vestido por la rodilla brillante, vestido largo para mí. Masco montones de cubitos rosa de chicle Big G. Nos subimos al árbol, Ciru y yo, el árbol que separa nuestro seto del suyo.

Llamamos a Sophia.

—Sophiaaaa —dice Ciru. Nos reímos.

—Souphiaan —digo yo, imitando a un pijo yanqui—. Souphiaan.

Sophia llega, solemne, con la cabeza ladeada, frunciendo el ceño, como una persona seria, como una persona que supiera algo que nosotros no sabemos.

—Ésta es mi prima Sherry de Estados Unidos. Es una *nigro* —dice Ciru.

—Houla, qué guay —digo hablando por la nariz, y hago estallar una pompita de chicle. Los taconazos se me van a caer—. Vengou de Ohiou. Lous Anyeless. Eroupuertou. Baarston. Qué guay...

Me abanico la cara y me humedezco los labios, como la mujer de Lux. Luego, pongo morritos para hacer otra pompa. ¡Pop!

Sophia dice:

—¿Qué tal Ohio?

—Ou, súper. Es tan guay guay guay. He venidou en Pan Am. En un siedegquadrosiede...

Ella gira la cabeza y asiente. ¡Pero, mírala! ¡Se lo ha creído! Yo me encojo de hombros.

—Acabou de iegar en un reactour. No sé cuándou volveréh. Ella se da la vuelta.

—Llámame. Mi número es el 555...

Al día siguiente, Sophia cuenta en clase que me disfracé con ropa de mi madre y fingí ser una chica de Estados Unidos. Se mueren de risa.

A Jimmy le encanta alzar los ojos al cielo y decir cosas súper guay como «te falta un tornillo» y «o sea, sí».

Miles de tornillos, todos sueltos por tu cabeza y sujetos a ella con una goma elástica, caen al mundo duro y plano que tu mente ve.

Tornillopelotas de golf.

El mundo que ves ondula con muchos pensamientos paralelos, un millón de callejones mentales. Cada día, sacas tus tornillos de la mente y dejas que tus pies y tus brazos y tus hombros los sigan y enseguida algunos tornillos se ajustan ruidosamente en las muescas y ruedan con autoridad y precisión, dirigidos por ti, con creciente audacia.

Cada tornillo es una versión pequeña y redonda de ti. Como los soles.

En la muesca.

Pero justo cuando tu tornillo rueda tranquilamente, subiendo y bajando tan guay por las paredes de tus pensamientos, desafiando los bordes, silbando y mascando chicle, bajando en bici por la colina, saltando como un yoyó, todo yanqui... la grava que la lluvia azota al otro lado de la ventana de tu habitación se convierte en un crepitar de salchichas en una sartén y las salchichas pueden cambiar y convertirse a su vez en intestinos sanguinolentos que se retuercen o en un ejército de acordeones de hirsutos mostachos que te persiguen riendo como Idi Amin.

Tu tornillo se sale de su muesca y cae en otra que contiene otro tornillo y choca con él en un estruendo esponjoso de salchichas, grava, intestinos y cien acordeones frenéticos.

Y ahora te mueves, perdido y presa del pánico.

Tengo miedo de los acordeones, de los ruidos esponjosos y de perder los tornillos.

«Ésta es la voz de la Televisión de Kenia. Les ofrecemos *El hombre de los seis millones de dólares* por cortesía de K J Office Supplies».

—Todo bien en NASA one.

—Roger. Brazo mecánico, activado.

—Muy bien, Victor.

—Alineamiento con el cohete, activado.

—Vamos allá. Circuitos de separación, activados.

—Tenemos separación.

—Roger.

—Controles internos y externos, activados.

—Va bien...

—Sí. Roger.

—Tengo un fallo... ¡El tercer regulador!

—Ponlo a cero...

—¡No funciona! ¡No puedo mantener la altitud!

—Corrección. Alpha Hold desconectado. Activa los selectores... ¡Emergencia!

—¡Control de vuelo! ¡No puedo controlarlo! ¡Se está rompiendo! ¡Se está...!

Es sábado.

Finjo una hemorragia nasal y mamá me deja que la acompañe al trabajo.

No quiero ver a Sophia Mwela. Sé que se acercará al seto que separa nuestras casas y que llamará a Ciru y le preguntará por su prima yanqui.

Se reirá.

No me hablo con Ciru. Nadie se ríe de ella. Hoy no quiero quedarme en casa. Jimmy no sabe lo que ha pasado. Estoy seguro de que Ciru se lo contará.

Mamá tiene una peluquería, la única peluquería de verdad que hay en Nakuru, la cuarta ciudad más grande de Kenia. Se llama Green Art. Mamá también vende cuadros y tallas de madera.

Me siento en el suelo, a los pies de un gigantesco astronauta encorvado, en la peluquería de mamá. Notó olor a café, procedente de la Kenya Coffeehouse, que está en la puerta de al lado.

El astronauta de la peluquería tiene una cabeza de plástico gris. Su boca es un enorme agujero abierto hacia mí y el agujero es una rejilla redonda y lisa que sopla aire caliente. Meto la cabeza en su casco y juego a *El hombre de los seis millones de dólares*.

Mary está hablando con mamá sobre Idi Amin. Siempre hablan de Idi Amin en el idioma de Mary, el luganda, mamá lo habla pero no es su idioma. El ejército rebelde de Museveni está reuniendo fuerzas en Tanzania. Mascan quicos mientras hablan. Mamá habla kiryaruanda (bufumbira), luganda, inglés y suajili. Baba habla gikuyu, suajili e inglés. Nosotros, los niños, sólo hablamos inglés y suajili. Baba y mamá se hablan en inglés.

Hoy voy a ser un superhéroe silencioso. Saldré disparado hacia el cielo con mi capa invisible. Con músculos biónicos.

Se van a enterar.

—Steve. Austin. Un hom-re mediou muertou —*gangoseo* en yanqui—. Caballerous, podemosh reconstruirlo. Chene-mous la tecno-loyía necesaria. Crearemous el primerou hom-re biónicou del mundou... ¡No puedo controlar! ¡Se está rompiendou! ¡Se está...!

El casco de plástico del secador de pelo se ha empañado con mi respiración. Empiezo a escribir en él con el dedo.

Mary tiene ojos grandes y dulces y mueve las caderas cuando camina, y eso siempre nos hace reír a Ciru y a mí.

Idi Amin está matando gente y echándolos a los cocodrilos. El Nilo está abarrotado de cadáveres. Nosotros tenemos muchos tíos y tías en Uganda. Mis abuelos, los padres de mi mamá, están en Uganda.

Un amigo de Baba desapareció en la frontera y lo único que encontraron de él fueron unas gafas rotas en una fosa común.

Mary es de Buganda. Vino a Kenia huyendo de Amin. Mucha gente viene a Kenia huyendo de Amin. Mamá es bufumbira, pero mamá habla el idioma de Mary porque fue a un colegio de chicas en Buganda, el mejor colegio de chicas de Uganda, el Saint Mary's Namagunga.

El estómago de mamá se ha empezado a hinchar con un bebé nuevo. Quiere tener otra niña.

Mamá conoció a Baba cuando era alumna del Kianda College de Nairobi. Él era muy guay. Tenía una moto y un coche y había estado en Inglaterra. Nosotros somos keniatas. Vivimos en Nakuru. Mamá nació en Uganda, pero ahora es keniata. Baba es keniata. Gikuyu. Director gerente del Departamento para el Pelitre de Kenia.

Me gusta que los dedos de Mary sean capaces de hacer cosas incluso cuando está mirando a otra parte. Mueve las cabezas de sus clientes arriba y abajo, de un lado a otro, y sus dedos

hacen chasquidos rápidos, como agujas de tejer, y el gran arbusto de pelo revuelto se convierte en líneas y torres, como nuestros nuevos puentes, ferrocarriles y carreteras.

Jomo Kenyatta es nuestro presidente. Es el padre de nuestra nación.

Kenia es una nación que ama la paz.

Todos empujamos a un tiempo y en el colegio cantamos *harambí*, que significa que empujamos juntos, como en un coro, como en un tira y afloja de la misma cuerda. De pie, en el estrado del coro, sacudiendo un matamoscas, está el director, el presidente Kenyatta, que tiene barba y unos ojos rojos aterradores. Un día, así nos lo contaron, el Mercedes de Kenyatta se quedó atascado en el barro y él gritó *harambí* para que la gente se acercara y empujara y sacara su Mercedes-Benz del barro. Así que todos empujamos y empujamos juntos y a un tiempo. Sacamos el Mercedes del barro.

Mary suele meter los dedos en el bote de gomina y repasa las rejillas de los callejones y las calles de esa manzana que brilla como brilla todo Estados Unidos en la televisión. A veces come al mismo tiempo. Cada pocas semanas, llega un nuevo peinado de África occidental, de Afroamérica, de Miriam Makeba, de la revista *Drum* o de los Jackson Five: uzi, afro, rafia o piña, y Mary sabe hacerlo de inmediato.

Kenyatta es el padre de nuestra nación. Me pregunto si Kenia se llama así por Kenyatta o si Kenyatta se llama así por Kenia.

La gente de la televisión dice Keenia. Nosotros decimos Kenia. Kenia tiene quince años de edad. Es incluso mayor que Jimmy.

Kenia no es Uganda.

La lluvia golpea el tejado de zinc de la peluquería Green Art. Las salchichas de cerdo Uplands están saltando en la sartén. Ya es una tormenta y el sonido de la lluvia se vuelve estruendoso como la multitud de un estadio cuando marcan gol.

La puerta se abre con un silbido y unas gotas de agua del exterior me pegan en la cara.

Tintintintín.

Hoy siento un dolor en el pecho, dulce, penetrante y doloroso, como una lengua con una llaga que escuece dulce y dolorosamente después de comer piña ácida.

—¡Te pillé!

Eso es lo que Sophia diría si entrara en la peluquería ahora mismo.

Echo de menos a Ciru. Ya tengo un montón de cosas que contarle. Si estuviera aquí, me sacaría de mí, yo me tambalearía un momento y luego correría o saldría corriendo a toda prisa tras ella.

Entra un grupo de mujeres. Van vestidas para una boda. Están histéricas. Sus peinados se han estropeado por culpa de la lluvia. Se estuvieron peinando toda la noche, en casa. Llegan tarde a la boda.

La novia llora.

«Caballerous, podemosh reconstruirlo. Chenemous la tecno-loyía.»

Mamá da instrucciones. Se oyen voces altas que zumban, golpetean y echan espuma como manos que agitan cubiertos en la pila. Chisporrotean como el agua cuando empieza a cristalizar. Si amontonas todas las capas de cristalitos, puedes hacer una ventana. Al principio será redonda y suave, así que le puedes poner un libro grande encima o saltar y saltar sobre ella para hacerla lisa, dura y firme.

¿Estará la madre de Liza entre las mujeres de la boda? Si está, me verá y todo el mundo sabrá que ayer me vestí de chica.

Mamá descubrirá que me puse su peluca y su ropa.

Todo el mundo está contra mí. El dolor de mi situación-piña me rasguea el pecho y yo dejo que oscile como un yoyó. Y me gusta.

Oigo pisadas fuertes que se me acercan. Salto bajo el secador de pelo y me tumbo en el suelo, bajo el asiento. Me tapo la cara con las manos. Un cuerpo se sienta pesadamente y una cabeza se mete en el casco. El secador empieza a resollar y yo siento soplos de aire caliente.

¡Es la novia! La miro a hurtadillas, a través de mi crudo dolor amarillo, a través de las manos con que me cubro la cara. Horrorosa con los ojos bocabajo y la boca invertida y pintada de rosa. Me vuelvo rápidamente tierno y rosa piña. Descalzo en grava caliente. Sus labios son un culo rosa de babuino y eso terminará doliéndome.

Yo endurezco mis ojos y mi corazón.

Me concentro en los labios. Son una textura más segura: un mundo de juguetes de carmín rosa, color de caramelos, de pompas de chicle y de felicidad dura y entregada a la causa.

Me vuelvo rápidamente agudo, brillante y feliz. Me aparto las manos de la cara y me levanto. Ella hace una mueca y grita.

—¡Aaaaah! ¿Quién eres? ¿Por qué te escondes?

Yo pongo cara larga.

—¡No llores! Oh... ¡No llores!

Ahora quiero llorar. Su cara se desdibuja y todo está enmarañado y dentado. Se inclina hacia mí, esa mujer de boda con el pelo revuelto. Su boca es ahora dientes, caracoles y lombrices de tierra de color rosa. Se inclina hacia mí y su cara es más grande a medida que desciende, liberándose del corsé de las formalidades, para presentarse a sí misma como algo completo e inevitable.

Suelto un grito ahogado. Y miro. La bestia ha desaparecido. Veo una persona entera, anodina e indivisible otra vez. Yo dudo sobre las dudas que acaban de asaltarme. ¿Cómo es posible que la mujer fuera algo distinto a lo que es ahora?

—¿Es Jimmy? ¿Es tu hijo mayor? ¿Éste es Jimmy?

La mujer ha abierto el mundo apretado y cerrado. Yo intentaba mantener los labios juntipegados. Para siempre. En silencio. Abrir dos labios es romper telas de araña. Un superhéroe silencioso. Tope.

—Hola, tía —digo, haciendo dibujos en el suelo, con el pie. La piña sube en mi pecho. ¿Me dará un poco de tarta nupcial? El sabor doloroso y chillón de una dulzura perfectamente blanca. El sabor helado en tu boca, como el ruido que hace la espuma de poliestireno cuando se frotan dos pedazos.

Casi excesivo.

Subo los ojos lenta y encantadoramente. Conozco ese juego. Me estremezco, dejo que mis ojos toquen los suyos un instante y vuelvo a mirar hacia abajo.

Ella se queda embobada.

Mi madre se vuelve hacia nosotros y me mira fijamente.

¿Lo sabe mamá? ¿Se lo habrá dicho la madre de Liza?

La voz de mamá es como trozos de agua y flujos de cristal. Surge de su garganta como un jabón cálido. Tiene una pequeña barbilla doble donde surge ese sonido, un acento nasal, pero no inglés ni yanqui. Su nariz es larga y fina.

He descubierto que los acentos nasales proceden de personas de nariz larga y fina. *Gangosear*. Mi nariz es fina, pero no tanto como la de mamá. A veces intento oírme a mí mismo, tapándome una oreja con la mano y poniendo la boca de lado, pero no me oigo con acento nasal.

Mamá extiende una mano y coge la mía. Después, se lame un dedo y me alisa una ceja. Sus dedos se cierran sobre mí y me aprietan contra su pecho. Mi espalda retrocede para no chocar contra el duro bulto de su estómago. No quiero aplastar al bebé. Mamá huele bien, como a talco, perfume e intensa gomina.

—Ken Ken —es el embarazoso mote que mamá me ha puesto—. ¿Qué estás haciendo ahí? —Se ríe y mi corazón ronronea.

—No, es mi segundo hijo. El tímido.

Una abeja no suena como un enjambre de abejas. El mundo se divide entre los sonidos de unicosas y los sonidos de pluricosas. Al caer en una cabeza enjabonada, el agua de una ducha son esquirilas pluricosas de cristal que caen, tin, tin, tin.

Todas juntas, son Sssssssssssssssssssss.

Sssss es el sonido que hacen muchas muchas cositas tin tin tin tan pequeñas que el estrépito del cristal se convierte en un susurro suave; como cuando todos hablan a la vez en el colegio, algo distinto a cuando sólo habla una persona. Al freírlas, las salchichas suenan como la lluvia en un tejado de zinc, que suena como un gentío.

La lluvia amaina. Las mujeres de la boda llevan rulos. Todos sus secadores de pelo están soplando, ojos rojos. Mamá da un golpecito en el cabello de la novia y le susurra algo en suajili, que mamá habla con un acento cargado de carraspeantes *g* ugandesas y *j* ruandesas. Su voz es un cosquilleo dulce y la gente se dulcifica con ella y hace lo que ella les dice. No grita nunca.

Desde el exterior, llega un ruido sordo, de metal. Mary sale a toda prisa. Luego, Mary chilla a alguien en su gracioso suajili. Después se oyen gritos. Las mujeres de la boda se levantan. Todos corremos a la puerta. La novia empieza a llorar otra vez.

Es la señora Karanja. La señora Karanja es la dueña de la Kenya Coffeehouse, la cafetería que está junto a la peluquería de mamá. No le gusta que dejemos nuestros cubos de basura municipales delante de su local, pero allí es donde se supone que los debemos dejar. Los del Ayuntamiento se niegan a entrar a nuestro patio a recogerlos.

En su cara hay gotas de sudor. Sus cejas son óvalos limpios perfectamente dibujados y sus ojos y pestañas tienen manchones marrones. El rímel marrón se le ha corrido hasta deslizarse por las mejillas y su boca de rojo rubí se alza por un lado formando una mueca. En uno de sus dientes hay una mancha de marrón fluoruro que yo jamás había visto. Está empujando un cubo de basura gigante. Y Mary, que es delgada, fuerte y oscura, empuja por el lado contrario. Hay basura esparcida por todo el pavimento.

El criado de la señora Karanja está a su lado. Jonas es un *pokot*, un guerrero con ropa militar barata y sandalias hechas con neumáticos de coche. Cuando me ve, me suele dar dulces tropicales. Me gusta sentarme en su regazo en su pequeño taburete. Tiene cicatrices paralelas en la cara y orejas rasgadas enrolladas sobre sí mismas.

La señora Karanja es de piel rica y mantecosa. Cuando dibujas el pelo de la gente corriente, puedes hacer puntos al azar para el pelo corto o garabatos rápidos con un lapicero o con lápices de colores para el pelo largo. El presidente Kenyatta llama *wananchi* a la gente corriente.

Con la gente blanca del extranjero y con las estrellas musicales internacionales como Diana Ross o los Jackson Five, trazas la silueta cuidadosamente y pintas el interior con amarillo, negro o marrón, llenando todos los huecos hasta que el dibujo es de un color uniforme y no se ven líneas ni rayones, sólo amarillo, negro o marrón. Cuando Ciru y yo dibujamos extranjeros, nos esforzamos en que tengan el mismo aspecto que tienen en los cuadernos para colorear y en la televisión.

La señora Karanja tiene cejas perfiladas, líneas negras, gemelas y continuas, propias de gente que no tiene huecos en ellas. Pero se está rompiendo. Está gritando: «¿Por qué ponéis vuestra basura junto a la mía? Estoy harta. ¡Harta! Los ugandeses destrozáis nuestro país, ¿por qué venís a destrozarnos nuestro país?».

Ha dejado de llover, el sol está en lo alto y el pavimento se está llenando de charcos de multitudes temblorosas, cada vez más grandes. Ondeán los pantalones de campana y algunos pies descalzos anchos como abanicos por no llevar nunca zapatos. Grupos de pies retumban hacia nosotros: los tratantes de curiosidades de la avenida de Kenyatta, los corredores de seguros que rondan la cafetería, los vendedores de periódicos y la gente que simplemente está allí, aburrida y empapada por la lluvia.

La señora Karanja empuja a Mary y Mary cae al suelo. Ahora se están pegando. En la multitud hay extremidades que se mueven inseguras, dedos que frotan muslos arriba y abajo, manos que se cierran. La señora Karanja grita, vuelve a empujar a Mary, se levanta, grita y señala a mamá con un dedo. Mamá me agarra con fuerza por un hombro y me aprieta contra su pecho. Después, me coge de la mano. Yo me intento escapar, pero ella es más rápida que yo.

Un guardia coge a Mary y la suelta enseguida, pero se queda detrás de ella. Mary jadea con ojos desorbitados, feroces y empañados de lágrimas, que clava en la señora Karanja, quien se tambalea hacia los lados.

Nadie habla. Las mujeres de la boda guardan silencio. Mis orejas están calientes. Como si Kenia estuviera enfrente, con la multitud, y Uganda a nuestras espaldas, representada por las mujeres de la boda. Toda Kenia apoya a la señora Karanja. Y las mujeres de la boda callan por vergüenza.

La multitud mueve nerviosamente las piernas, susurra, frunce el ceño y se sonríe con suficiencia. El *askari* municipal no hace nada. Su porra descansa, impotente; con los ojos muy abiertos estira el cuello hacia la señora Karanja.

Mamá me aprieta la mano. Los cuerpos se empiezan a frotar entre sí. Mamá no me soltará la mano. Si yo fuera una pelota de golf, rodaría rápidamente y golpearía el cubo de basura de metal para armar un buen alboroto. Quiero aullar y meter la cabeza bajo la falda de la señora Karanja y hacer ruiditos de babas y mucosidades o dar un cabezazo a la pared de cemento y rebotar para comprobar, contento, que no soy de goma.

Del Barclays Bank sale gente que se une a la multitud del otro lado de la calle. Yo sigo intentando que mamá me suelte, para darle un buen pellizco a la señora Karanja, que se acerca a la esquina y alcanza otro cubo de basura. Este cubo está lleno. Lo tumba y nos mira fijamente.

Ahora hay un montón de basura en el suelo: pelo viejo, miles de diminutas bobinas de hilo negro para el pelo, restos húmedos de té, cartones de leche kcc, botellas de champú,

paquetes de galletas digestivas, masas grises de periódicos viejos y mojados, un paquete de helado Lyons Maid, varios paquetes de pan Elliot, un frasquito de mermelada de ciruela Mua Hills, tapones de botellas, mazorcas de maíz que parecen dientes desnudos, una botella de zumo de naranja Trufu, una botellita de Lucozade de cuando Ciru estuvo enferma, pellejos amarillentos de maíz mezclados con barbas de maíz que se parece al pelo de los blancos, tarros vacíos de pomada Dax, paquetes de rafia, pieles de plátano, más mazorcas y hormigas.

—Vuelve a la peluquería. —Mamá me empuja.

Yo quiero decir que no, pero me muevo, entro y cierro de un portazo. Las llamas de gas siguen calentando los peines y hace calor y huele a pelo quemado y a Idi Amin.

Me encaramo a una silla y miro por la ventana.

Mamá empieza a recoger la basura. Mary le echa una mano. La señora Karanja se planta delante de la multitud y observa. Cuando el primer cubo de basura está lleno, lo empujan hacia a la cafetería de la señora Karanja y lo dejan allí, entre los dos establecimientos, donde se supone que deben estar todos los cubos de basura.

La señora Karanja las sigue.

—Os vais a enterar. Os vais a enterar.

La multitud se mantiene inmóvil. La señora Karanja empuja al guardia a tirar la basura delante de la peluquería. El guardia se encoge de hombros hacia la multitud, con ojos temerosos y precavidos. Luego coge el cubo de basura, pasa junto a mamá y Mary sin mirarlas a los ojos y tira el contenido delante de la puerta. A continuación, da media vuelta y sigue a la señora Karanja, con hombros hundidos, hasta la cafetería. Una mujer sale de la multitud y ayuda a recoger la basura; en poco tiempo, se forma un pequeño grupo que ayuda a mamá y a Mary. Las mujeres de la boda avanzan y empiezan a recoger. Hasta la novia se suma a ellas. Mamá vuelve al salón y Mary la sigue. Las mujeres de la boda entran después. Todo el mundo guarda silencio un momento, pero el parloteo empieza en cuanto los secadores se ponen a rugir.

En 2005, el escritor keniano Binyavanga Wainaina escribió furioso al editor de *Granta*. La razón de su rabia era el número que la revista había publicado sobre África: «No me molestaba lo sombrío, sino lo estúpido. No había nada nuevo, nada profundo, sino mucho “reportaje” [...] como si África y los africanos no fueran parte del discurso, como si no vivieran al otro lado de la calle de la oficina de *Granta*. No, nosotros estábamos “allí”, donde gente valiente vestida de color caqui podía acudir para atestiguarlo». El editor le propuso publicar una versión editada de su correo, ahora como texto titulado «How to Write About Africa». Se convirtió en el artículo más reenviado electrónicamente en la historia de la revista.

Posteriormente, Wainaina escribió *Algún día escribiré sobre África*, una magistral crónica de su vida en Kenia, su fallido intento por estudiar en la universidad en Sudáfrica, y en particular su tortuoso viaje iniciático hasta convertirse en un escritor premiado y reconocido a nivel internacional. Wainaina retrata su vida en África como un mosaico en ebullición, bailando en su adolescencia con la música de Michael Jackson, contemplando con ironía un desfile de dictadores despóticos, trenzándose a golpes con un mafioso abusivo, siempre narrando con un lenguaje de una gran plasticidad y belleza, y sobre todo sin juzgar a los demás, para ceñirse a una de las principales reglas de la sociedad de Kenia: «Si hay una cortesía que todos los kenianos practican consiste en no cuestionar las contradicciones de los demás: todos tenemos contradicciones y destruir la cara de otro es un sacrilegio».

«Brillante. Lo bueno de este libro es su objetiva narración del África que necesitamos conocer más: la de los colegios, bodas, programas de televisión, bromas, política, cotilleos familiares y sueños idiosincrásicos. Lo genial son las elásticas y hermosas oraciones de Wainaina, que bullen y crujen, se precipitan sobre sus significados, se estiran y vuelven a colocarse en su lugar».

TEJU COLE



sextopisorealidades

